



Academia Chilena de la Historia

Menos antigua que la Academia Chilena de la Lengua, ha tenido desde su fundación ilustres presidentes: los señores Agustín Edwards Mac Clure, Miguel Cruchaga Tocornal, Alfonso Bujes Calvo y Eugenio Pereira Salas. Para sostenerla y mejorarla, todos le consagraron sus mejores desvelos. De sus merecimientos para ocupar el alto cargo daban fe sobrada sus libros de investigación histórica.

Para reemplazar al señor Pereira Salas, fallecido a fines del año pasado, en plena labor creadora, ha sido designado ahora el señor Sergio Fernández Larraín.

Es una vigorosa personalidad que siempre estará bien donde los acontecimientos la pongan.

Diputado, senador, Embajador en España, en representación del antiguo Partido Conservador, enalteció esos cargos representativos con el aporte de su talento, de su cultura, de su laboriosidad, de su sentido del bien público, de su desinterés, de su caballerosidad.

Mucho ha decaído, en el concepto público, el valor del político. Su caso es el de la excepción confirmatoria de la regla. Si la mayoría de los políticos hubiesen exhibido sus atributos y virtudes, hoy no colgarian de la picota, expuestos al ludibrio colectivo. Tampoco la democracia padecería la crisis profunda que ahora la afecta.

Tuvo, como hombre público, el mérito de haber presentado los peligros que el desenvolvimiento del comunismo representaba para Chile. Lo había estudiado desde joven. Su Memoria de Prueba para recibirse de abogado versó, precisamente, sobre "Derecho Constitucional Soviético" (1933). Lo ha seguido estudiando a lo largo de su existencia. Es el gran arlete contra la civilización occidental y cristiana, tanto más peligroso cuanto mayor es su fuerza de penetración y de expansión. Su archivo personal sobre la aparición, el desarrollo, los éxitos y las caídas del comunismo entre nosotros es de un valor incalculable. Como esa postura obedece a una convicción profundamente sincera y como la verdad

—la documentada verdad— es la bandera a que sirve, los propios dirigentes del comunismo nacional lo han respetado.

También su contribución a la historia y a la literatura ha sido muy significativa.

Los epistolarios son su especialidad. Ha dado a la estampa el de Bello ("Cartas a Bello en Londres"); el de Unamuno; el de Neruda ("Cartas de Amor de Pablo Neruda"); el de la Mistral ("Cartas de Amor de Gabriela Mistral"), etc. Esas cartas son elementos que sirven determinadamente para analizar al hombre en su íntima dimensión humana y, por ende, para mejor comprenderlo y valorarlo.

Pertenece a más de una Academia de la Historia —la de Colombia, la de Venezuela, la de España—, lo cual no hace sino corroborar su amor entrañable por esta atrayente disciplina humanística.

Una de las notas distintivas del Chile intelectual del siglo XIX fue el interés acordado a los estudios históricos. Gay, traído por Portales, dio la pauta inicial. Luego deberían aparecer los hermanos Amunátegui, Vicuña Mackenna, Sotomayor Valdés, Isidoro Errázuriz, Medina, monseñor Crescente Errázuriz, Gonzalo Bulnes, Alberto Edwards, Francisco Antonio Encina y otros. Este afán por investigar el pasado del país y por explicarlo llamó la atención de los extranjeros. "No hay rincón de su historia —escribió Menéndez y Pelayo— que los chilenos no hayan estudiado ni el papel de sus archivos y los nuestros que no impriman o ilustren con sus comentarios. Chile, colonia secundaria durante la dominación española, tiene historias más largas que la de Roma de Momen o la de Grecia por Curtius y Grote".

No hay que reprocharles a los chilenos esta pasión desmesurada. La historia de este país es sobremanera honorable y merece ser sacada a plena luz. Esto ha servido, ciertamente, para acuciar el interés y el amor de los chilenos por su tierra, para avivar el orgullo de pertenecer a este país pequeño, celoso guardián de su soberanía, de su libertad y de su institucionalidad democrática.

La tarea de escribirla en forma serial se halla, no obstante, interrumpida. Barros Arana sólo llegó hasta 1880. Encina se detuvo en 1891. La historia de casi un siglo está, pues, todavía sin escribirse. Los episodios que la jaloman, las nuevas orientaciones, las realizaciones y también las frustraciones que la marcan, aguardan a la nueva legión de historiadores.

A esta observación crítica podría, tal vez, sumarse una más: la excesiva preferencia dada a lo militar en desmedro de lo civil. Los textos históricos, incluidos los docentes, agotan la materia si se trata, por ejemplo, de reseñar la guerra de la Independencia o la emprendida contra la Confederación Perú-Boliviana o la Guerra del Pacífico. ¿Qué poco dicen, en cambio, de quienes descubrieron la plata, el salitre, el carbón o el cobre o de cuantos construyeron los primeros canales de riego o de quienes impulsaron el desarrollo de la Marina Mercante Nacional o de cuantos ejecutaron las grandes obras públicas?

La puesta al frente de la Academia Chilena de la Historia del señor Fernández Larraín podría tal vez servir para estimular la prosecución interrumpida de la historia nacional o para corregir esta preferencia que estrictamente no se justifica.

También es necesario —y así lo ha subrayado el nuevo presidente— revisar los vigentes métodos de enseñanza de la historia, y especialmente de la historia patria, en los establecimientos educacionales. "Se ha perdido —ha dicho— la secuencia sistemática y cronológica en la narración de los sucesos, lo cual conduce al mal aprovechamiento de la enseñanza. Pero este mal escapa a la responsabilidad del magisterio, que es de primera clase. Es más bien un problema de métodos y hasta de programas".

Son amplias, pues, las nuevas tareas que aguardan al nuevo presidente de la Academia Chilena de la Historia, las que sabrá, sin duda, acometer con su probada inteligencia y su perspicaz criterio.

V.

Ateneo, Sept. 1-IV-1980, P.A.3.

AUTORÍA

V.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Academia Chilena de la Historia [artículo] V.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile